
LA DEFENSA DE EUROPA OCCIDENTAL

Angel Viñas



De nuevo los problemas sobre la paz y la seguridad en Europa se han convertido en uno de los ámbitos en los que con mayores intensidad y apasionamiento se ha dirimido en los últimos años la lucha política en muchas de nuestras sociedades. España, tanto tiempo al margen de aquéllos, no es una excepción.

El debate sobre la pertenencia a la Alianza Atlántica ha puesto de relieve hasta qué punto eran importantes las fisuras potenciales que podían generarse en la sociedad y en las fuerzas políticas españolas. En ocasiones, la escisión de estas últimas y la aparición de novedosos movimientos pacifistas han dado a la discu-

sión un regustillo de conflicto de fe, de guerra de religión.

Y, sin embargo, Europa, al Este y al Oeste, ha atravesado a lo largo de las cuatro últimas décadas uno de los más dilatados períodos de paz de su historia. Ni siquiera en el mundo abierto por el Con-

greso de Viena y que pareció hacer crisis con el estallido de la guerra de Crimea, otros cuarenta años más tarde, se registra un período tan pacífico: entonces estallaron revueltas, revoluciones populares e incluso guerras civiles (como, por ejemplo, en España).

Las razones que explican este largo período de paz no son difíciles de encontrar: sobre ellas han corrido innumerables ríos de tinta. Aquí destacaré tan sólo tres ¹:

En primer lugar, está el hecho —históricamente insólito— de que poco después de la segunda guerra mundial las dos superpotencias proyectaron su influencia y poder militares hasta en el corazón mismo del viejo continente.

En el Este la Unión Soviética se talló un imperio, no excesivamente cuarteado a pesar de numerosos análisis agoreros, y en el que los intentos nacionalistas por conseguir mayor autonomía (casos de la República Democrática Alemana, Hungría, Checoslovaquia y Polonia) fueron suprimidos y/o controlados, bien directamente o por delegación. Este «glacis» imperial no pone, hoy por hoy, en peligro la seguridad soviética: actúa como tampón, como zona de defensa avanzada y como vanguardia en la que se encuentran divisiones de entre las mejor equipadas y entrenadas con que cuenta el Kremlin.

En el Oeste los Estados Unidos se crearon su propia zona de influencia, no a la manera imperial clásica pero sí en la más moderna de una «comunidad de seguridad» (en la terminología de Karl W. Deutsch). Se da en ella un predominio político yanqui y en la misma fricciones intraeuropeas e intra-atlánticas, *pero la violencia o la amenaza de su empleo no constituyen ya una manifestación normal de la política, ni para los europeos ni para los norteamericanos.*

**Europa ha atravesado,
a lo largo de las cuatro últimas
décadas, uno de los más
dilatados períodos de paz
de su historia.**

En los años veinte los Estados Mayores británico y francés podían hacer «juegos de guerra» en los que la otra parte apareciese como adversario potencial. Entonces esto era bastante irrealista. Hoy sería simplemente grotesco.

Una segunda razón explicativa del largo período de paz estriba en que ésta se fundamenta en las armas. Existe una acumulación sin precedentes de capacidad destructiva a ambos lados de la frontera que separa el Este del Oeste. Millones de soldados en pie de guerra, dotados de armamentos de un potencial letal elevadísimo, constantemente renovados y modernizados, velan por el mantenimiento del *status quo* y garantizan que una eventual alteración de éste genere costes desproporcionados para el agresor. No era ésta la situación en 1914 o en 1939, si bien en ocasiones se han extraído paralelos poco afortunados.

La tercera razón es que la paz de Europa está basada en el terror, como ya predijo Churchill. Las armas nucleares, desplegadas a ambos lados de la divisoria o instaladas en el corazón de las superpotencias, pero con las que cabe asestar golpes mortales tanto a la zona europea adversaria como al otro gran antagonista, han elevado hasta cotas insospechadas el coste de oportunidad posible de la guerra, han creado un tabú sobre el empleo de la violencia directa entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, han aconsejado un cuidado extremo en la gestión del conflicto político, económico e ideológico entre los dos grandes sistemas de organización de la convivencia social en Europa, y han obliterado la distinción —hasta ahora históricamente nítida— entre agresión y suicidio. El temor a las consecuencias de un cambio en el *status quo* territorial europeo, derivado de una agresión de la otra parte, es considerable, es real y a él no se escapa ningún país europeo (ya esté alineado en uno de los bandos o mantenga una neutralidad

armada o pactada). No escapan tampoco las superpotencias.

En consecuencia, Europa ha preservado la paz como si se tratara de un oasis de templanza en un mundo desgarrado por conflictos económicos, políticos y militares y en el que los vacíos de la descolonización han solido ser ocupados indirectamente, bien por las propias superpotencias, bien a través de regímenes de representación.

Esta paz no ha sido fácil de mantener. Se ha basado en arreglos organizativos complejos cuya función última estriba en administrar ese bien público supremo que es la disuasión mutua. Desde 1949 el Tratado del Atlántico Norte y su derivado, la estructura militar con el mando inte-

grado, han polarizado los esfuerzos occidentales por defender el *status quo*. Las divergencias de interés, a veces muy intensas, surgidas a ambos lados del Atlántico

no han oscurecido hasta ahora el hecho absolutamente central de que la Europa occidental sigue dependiendo, para su seguridad, del apoyo nuclear, convencional y logístico que desde entonces se comprometieron a prestarle los norteamericanos.

En el Este, una red tupida de acuerdos bilaterales entre la Unión Soviética y los países de su «glacis» ha sido el fundamento sobre el cual se levantó, como respuesta a la integración de la República Federal de Alemania en la Alianza Atlántica y al rearme alemán, la Organización del Pacto de Varsovia. Desde entonces, la unidad de doctrina, interoperabilidad, estandarización y estructuración de la cadena de equipamiento entre los miembros han avanzado enormemente.

Al Este y al Oeste la acumulación de medios disuasores mutuos se justifica por un diagnóstico acerca de las eventuales intenciones del adversario y se basa en una organización de la fuerza congruente con doctrinas extremadamente elaboradas.

No hay nada más cauteloso ni más conservador que un planificador militar que aspira a garantizar la seguridad en evitación de la probabilidad de ocurrencia del supuesto más desfavorable posible. Sin embargo, con el paso del tiempo la valoración militar ha pasado a determinar e incluso en ocasiones a sustituir la evolución política.

Aún así, se plantea siempre una pregunta fundamental: la equiparación entre capacidad e intenciones puede no ser realista. Queda, sin embargo, por explicar por qué las capacidades militares de una de las partes, en este caso la oriental, adoptan una determinada configuración y siguen un desarrollo continuado.

Está de moda, y es un ejercicio sano,

El temor a las consecuencias de un cambio en el «status quo» territorial europeo es considerable y real.

criticar los diagnósticos y las doctrinas sobre la que se basa la defensa no autónoma, armada y orientada por la amenaza del terror que hoy existe en Europa². In-

dudablemente la ortodoxia de la seguridad ha llevado a situaciones aberrantes tanto en el Oeste como en el Este.

Subsiste, sin embargo, un despliegue de fuerza militar, convencional y nuclear, de difícil modificación —como testimonia la experiencia de los numerosos esfuerzos fallidos en materia de control de armamentos— y que absorbe recursos de alto coste de oportunidad.

No se hace esto por capricho.

Desde el punto de vista de la ortodoxia occidental se afirma que la paz y la seguridad en Europa se ven amenazadas por el surgimiento de desequilibrios militares en favor de la Unión Soviética, y se recuerda a estos efectos que el Kremlin ha mantenido una política de forzamiento de la capacidad militar incluso en los momentos en que la distensión festejaba sus grandes triunfos.

Helmut Schmidt no tardó en argumen-

tar que por debajo del nivel estratégico global, en el que las superpotencias habían alcanzado en los años setenta una situación de paridad o de equivalencia aproximadas, la significación de los desequilibrios en el balance europeo adquiriría un carácter preocupante.

La superioridad convencional soviética (incluidas las armas químicas y bacteriológicas) podía, en efecto, inducir un proceso de erosión de la vinculación euro-norteamericana (ya debilitada por la neutralización de los arsenales estratégicos centrales) que el Kremlin estaría en condiciones de utilizar para aumentar las tendencias a un eventual desenganche entre los dos lados del Atlántico. Esto posibilitaría una creciente toma de influencia soviética sobre los destinos de la Europa occidental.

La reducción de los desequilibrios regionales, en condiciones absolutamente insólitas como las derivadas de la amplia vulnerabilidad de los territorios nacionales de las superpotencias a las eventuales agresiones de la otra, se convertiría así en un mecanismo esencial para paliar las consecuencias de una evolución al término de la cual se teme el chantaje político-militar a los países europeos occidentales.

En este sentido, el mantenimiento de la estrategia de la respuesta flexible, orientada por la necesidad de evitar un fallo en la disuasión, aparece como garantía de la paz. Dicha doctrina prevé la estrecha interacción entre los distintos medios disuasorios, la verosimilitud de respuesta al nivel escogido por el adversario, la incalculabilidad del riesgo al que éste se expone y una elevación del umbral nuclear, si bien nunca a cotas demasiado altas que hagan su traspaso absolutamente improbable. De esta suerte se piensa que el eventual agresor será disuadido de asumir el riesgo que conlleva una modificación del *status quo* territorial europeo porque las

Existe una acumulación sin precedentes de capacidad destructiva a ambos lados de la frontera que separa el Este del Oeste.

ventajas que de ello extrajera no estarían en una relación razonable con los costes en que habría de incurrir para conseguirlo.

En esta perspectiva, el rechazo de la Alianza a no anular una opción de primer empleo de los arsenales nucleares para defenderse de una agresión convencional desde el Este aumenta tal incalculabilidad. En el mismo sentido apunta la acumulación de grandes arsenales de armas de segundo golpe que podrían ser utilizadas aún en el caso de las pérdidas subsiguientes a una eventual aventura nuclear a que se lanzara el adversario.

Esta argumentación ortodoxa se basa en ciertos supuestos: ante todo, en la consideración de la Unión Soviética como un adversario potencial peligroso cuyo sistema político-social tiende a la represión en el interior y a la expansión en el exterior. Esta última, por consiguiente, ha de ser cortocircuitada con medidas militares, único campo en el que el Kremlin ocupa una posición de superpotencia, tras la erosión de su credibilidad ideológica, económica y social.

En segundo lugar, en la noción de que la Unión Soviética ha acumulado capacidades militares contra la Europa occidental muy por encima de sus propias —y legítimas— necesidades de seguridad, aún cuando se reconozca que, por diversas razones, la ofensiva deba constituir la base de la estrategia soviética.

La experiencia de las dos guerras mundiales, el estar rodeada —fuera del «glacis»— de enemigos potenciales, incluida China, y no en último término la necesidad de disuadir un conflicto proyectándolo hacia territorios que no sean los de sus aliados, son los motivos más frecuentemente aludidos.

En tercer lugar, en la idea de que la aceptación de desequilibrios profundos en el ámbito militar puede llevar a la Unión Soviética a conclusiones equivocadas acerca

de la voluntad de resistencia de los países europeos occidentales. En tal sentido se afirma que en la carrera de armamentos es preciso mantener el paso porque de lo contrario el adversario potencial podría interpretar tal retracción como un signo de debilidad fundamental.

En cuarto lugar, en la creencia de que si bien la gestión de la disuasión se ha hecho altamente compleja, la efectividad de la estrategia disuasoria es tal que el riesgo de que pueda fallar es prácticamente nulo. La Alianza Atlántica, por ejemplo, sigue diariamente, a todas horas, las más pequeñas modificaciones que puedan ocurrir en el dispositivo de fuerzas del adversario de tal suerte que en todo momento pueden inferirse las intenciones de éste. Nada ha hecho pensar que el Kremlin esté dispuesto a lanzarse a una aventura, ni siquiera en los años 1983 y 1984 de fuerte elevación de la tensión Este-Oeste.

Finalmente, suele indicarse que la carrera armamentista no tiene una lógica inmanente de la misma que esté sustraída de la continua evaluación que de la situación de seguridad hacen las autoridades nacionales. Para los países europeos occidentales, la acumulación de medios militares es la consecuencia de las tensiones políticas y sociales entre los dos grandes sistemas. De aquí que la estrategia disuasoria deba complementarse con todo tipo de ofertas e intentos para intensificar la colaboración con el adversario potencial de tal manera que, aumentando la confianza entre los dos bandos, sea posible reducir los niveles de los arsenales.

Estos supuestos admiten multitud de interpretaciones y, ciertamente, en los últimos años las divergencias que sobre los mismos se han abierto entre europeos y norteamericanos han sido considerables. En la dialéctica entre equilibrio y distensión, entre fuerza y colaboración, no es infrecuente que se hayan enfatizado los

**La ortodoxia de la seguridad
ha llevado a situaciones
aberrantes
tanto en el Oeste
como en el Este.**

primeros términos de ambos binomios, en detrimento de los segundos. Así, puede darse el caso de que se otorgue prioridad absoluta a la búsqueda de superioridades

militares parciales en lugar de acentuar los esfuerzos de distensión y control de armamentos. La historia de los últimos tres o cuatro años sobre las pugnas en la Administración norteamericana quizá no haya sido escrita definitivamente, pero lo ya conocido ilustra con claridad lo dicho ³.

Cómo salir de esta situación constituye, sin duda, una de las cuestiones más importantes para las sociedades europeas.

Una primera reacción ha estribado en lanzar una crítica masiva a los fundamentos sobre los que se basa la ortodoxia occidental en materia de política de seguridad. Numerosos movimientos radicales, pacifistas y ecologistas, apoyados por *think-tanks* independientes en las universidades y en los centros de investigación sobre la paz, han puesto de relieve muchas de las incoherencias de la doctrina ortodoxa.

La lógica de la disuasión ha sido un blanco favorito: la defensa de los intereses propios la asegura, en efecto, con la amenaza del suicidio, asumiendo que el adversario será capaz en todo momento de actuar racionalmente y de sopesar los costes y beneficios de las acciones que puedan desestabilizar el *status quo*. Por lo demás, se señala que el sistema de la disuasión mutua genera continuas inestabilidades al considerar que los desequilibrios militares entrañan riesgos inaceptables para la seguridad propia. De aquí que no sea difícil desplegar, dada la velocidad del cambio tecnológico, nuevos sistemas de armas que crean a su vez nuevos desequilibrios que el adversario se ve obligado nuevamente a rellenar. El resultado es que ambos bandos aspiran no al equilibrio sino a un cierto grado de superioridad, lo que genera una dinámica productora de inseguridad e inestabilidad.

La crítica al pensamiento ortodoxo suele acentuar la peligrosidad de la actual situación en Europa. La lectura de la literatura producida en los años 1981 a 1983 por el movimiento pacifista alemán, que es con la que estoy más familiarizado, no da lugar a otra impresión. La acumulación de arsenales acrecienta el riesgo y hace más verosímil el estallido de un conflicto, bien sea por deslizamiento o por incapacidad de controlar los automatismos integrados en la cadena de control de las decisiones sobre el eventual empleo de las armas nucleares.

Esta crítica contiene el germen de una nueva ética que pueda servir de base a una política que imposibilite el estallido de un conflicto ⁴. El camino del desarme no apunta hacia nuevas rondas de rearmamento sino hacia la congelación de arsenales y hacia medidas decididas de reducción de éstos, aunque en un primer momento ello se haga de forma unilateral.

Sólo los países democráticos occidentales tienen la solidez suficiente, se afirma, para iniciar tales medidas, que en un principio no cabe esperar de la Unión Soviética, con una concepción paranoica de sus necesidades de seguridad.

La crítica se dirige, por lo demás, contra las dos superpotencias que practican una política exterior y de seguridad igualmente agresiva y expansiva, reduciendo el margen de maniobra de los demás países. El tema de la equiparación juega un papel muy importante en el movimiento pacifista, que divisa en el comportamiento de los soviéticos y de los norteamericanos numerosos paralelismos. Desde el punto de vista europeo se subraya que todos ellos ven en las respectivas zonas de influencia «glacis» más o menos imperiales en los cuales poder dirimir un conflicto armado si la situación se tensara hasta tal punto, con el fin de evitar la destrucción mutua de ambos territorios nacionales.

**Con el paso del tiempo
la valoración militar ha pasado
a determinar e, incluso,
a sustituir la evaluación
política.**

La conclusión es devastadora para la ortodoxia: dado que, además, la garantía nuclear norteamericana en favor de Europa ha perdido credibilidad, los intereses vitales de los países europeos occidentales no coinciden ya con los de los Estados Unidos. De aquí que unos se pronuncien en favor de una desvinculación con respecto a los esquemas de defensa común y otros subrayen la imperiosa necesidad de que Europa occidental fortalezca su propia postura en materia de seguridad.

Intimamente ligadas a la crítica del sistema de disuasión están las valoraciones —muy diversas— sobre la estrategia y amenaza del Este. Hay quienes, como Ericson, subrayan que en las declaraciones y literatura militares soviéticas parece predominar la noción de que la guerra nuclear (que podría resultar de un cambio en el *status quo* territorial de Europa) no es un instrumento racional de la política porque la relación entre fines y medios pierde toda posible significación cuando el costo de destruir al enemigo equivale a la propia autoinmolación. En este sentido, los soviéticos divisarían el papel de la fuerza militar en hacer ver al campo «imperialista» que los medios de tal carácter no pueden resolver la pugna histórica entre los dos grandes sistemas de organización socio-económica ⁵.

La política soviética trataría, básicamente, de minimizar los incentivos de pensar que un ataque contra el Este pudiera tener éxito. Se hace hincapié en la obvia necesidad de evitar todo estallido de las hostilidades, pero también aquí la aplicación de la lógica anticipatoria del peor caso entre los posibles lleva al Kremlin a desarrollar una capacidad de combate en condiciones de conflicto nuclear, garantizándose la posibilidad de poder asestar un segundo golpe, tras recibir uno previo más o menos aniquilador.

Para otros analistas, sobre todo norteamericanos, el crecimiento de la capaci-

dad de proyección del poder militar soviético a grandes distancias y la verosimilitud de una mayor inestabilidad en regiones del Tercer Mundo de la que el Kremlin pudiera extraer provecho, son razones que les han llevado a considerar que Europa no es ya el principal escenario de la posible agresión soviética. Surgirían otras amenazas, fuera incluso de la zona en que surte efectos el Tratado de Washington, y la postura occidental debiera orientarse por la necesidad de proteger las fuentes de materias primas y las rutas de comunicación marítima con el fin de negar al Kremlin toda interferencia con las mismas.

Stratmann ha recordado que el que la Unión Soviética continúe concediendo prioridad a la ampliación de su capacidad militar contra la OTAN no tiene un impacto profundo entre tales analistas debido a dos razones:

a) La situación militar en Europa se considera estable y un conflicto bélico escasamente probable.

b) El nivel de preparación de la Alianza ante una contingencia no es demasiado elevado, por lo que si ésta no ha ocurrido ya no es verosímil que ocurra en el futuro.

Numerosos estudios en Europa occidental contrarrestan la nueva opinión entre expertos norteamericanos y subrayan que el patrón de asignación de recursos militares soviéticos permite inferir un alto grado de continuidad. La modernización de fuerzas y los programas de revisión de las mismas siguen apuntando hacia las dos misiones estratégicas que, aparte de la competencia en el ámbito nuclear global, son las más importantes para el Kremlin: en Europa y el Noreste asiático.

También se afirma que desde el punto de vista de la congruencia entre esfuerzos y objetivos, la estrategia soviética para tiempos de paz y para tiempos de guerra son complementarias y se refuerzan mutuamente. El hincapié hecho en la moderni-

zación de las fuerzas del Pacto de Varsovia en Europa oriental se da la mano con la voluntad de erosionar la vinculación euronorteamericana.

De aquí se deduce que las prioridades soviéticas contra Europa occidental, en el supuesto de que fallara la disuasión, quedarían determinadas por dos objetivos básicos y fundamentales: en primer lugar, disuadir o, si esto no es posible, limitar los ataques nucleares norteamericanos contra el territorio soviético. En segundo lugar, dislocar la Alianza Atlántica por medio de una ofensiva rápida contra los países europeos occidentales, con el fin de romper la línea de defensa avanzada aliada y alcanzar el Rin y los puertos del Mar del Norte en el más corto período de tiempo posible.

**Una penetración soviética
que pudiera llegar
rápidamente al Rin o al Canal
de la Mancha no es
demasiado verosímil.**

En este sentido, los trabajos de la Alianza muestran que en la verosímil opinión soviética las fuerzas del Pacto de Varsovia deberían ser capaces de cubrir tales obje-

tivos ejecutando las necesarias operaciones en cualesquiera circunstancias, lo que incluye el empleo de armas nucleares y químicas. Desde luego, la capacidad del Pacto de Varsovia para llevar a cabo acciones combinadas con armas convencionales y nucleares ha aumentado extraordinariamente desde los años setenta y ha teñido de dudas la idea de la escalada nuclear deliberada por parte de la OTAN ⁶.

En los últimos años se han vertido ríos de tinta acerca de la posibilidad de convencionalizar más, a un costo razonable, la capacidad de resistencia de la OTAN frente a un eventual ataque del Este. En el otoño de 1984 la Alianza adoptó el concepto del FOFA (*Follow-on Forces Attack* o ataque a las fuerzas subsiguientes) como primer eslabón en la reelaboración de una estrategia más adecuada a la actual situación militar de Europa.

El FOFA trata de neutralizar una parte de las divisiones de refuerzo del Pacto de

Varsovia y de retrasar la progresión de las restantes. La decisión fue precedida de un debate intenso: se afirmaba que la prioridad esencial en toda innovación ha de otorgarse a la necesidad de contrarrestar las amenazas prioritarias. Si la ortodoxia de la OTAN divisa éstas en la capacidad de las fuerzas del primer escalón del Pacto de Varsovia por perforar la defensa avanzada de la Alianza, es decir, la situada lo más próxima posible a la frontera interalemana, los cambios habrían de concentrarse en ver cómo es posible, en efecto, reducir dicha capacidad. Tendría menor interés abarcar simultáneamente objetivos que sólo fuesen rentables desde el punto de vista de una guerra de desgaste, como son las fuerzas de los segundo y tercer escalones.

Por otro lado, si la amenaza más peligrosa es el eventual éxito de los denominados «grupos operativos de maniobra» soviéticos en la ruptura del frente, quizá hubiese sido más interesante invertir en el reforzamiento de unidades muy móviles que pudieran constituir una segunda línea de defensa, a manera de «fuerzas de interdicción de retaguardia».

Tres cuestiones, y una pregunta concreta, requieren una discusión abierta a la hora de apuntalar políticamente todo diagnóstico de la situación estratégico-militar en Europa.

Si es verdad, como afirma la ortodoxia, que los niveles de fuerza convencional de la OTAN son muy inferiores a los del Pacto de Varsovia, que la capacidad nuclear táctica de aquélla es altamente vulnerable y, en cualquier caso, de difícil uso, y que las fuerzas estratégicas nucleares (norteamericanas) desempeñan un papel limitado y estricto de represalia, ¿qué ha impedido a la Unión Soviética invadir el Oeste europeo?

Una posible respuesta, indica Kaufmann, es que el Kremlin, por lo menos desde la muerte de Stalin, no haya tenido en realidad la intención de atacar militarmente a

En el momento actual no les es posible a ningún bando anticipar con plena confianza cuál pudiera ser el resultado de una conflagración en Europa.

la OTAN. Otra es que, dado que para la Alianza la defensa de Europa occidental es mucho más vital que para el Pacto de Varsovia conquistarla, la mera probabilidad, por escasa que sea, de que en la protección de tal interés absolutamente básico pueda desencadenarse una respuesta nuclear sirva ya de suficiente mecanismo disuasorio para el Kremlin.

Y, por último, una tercera respuesta posible es que la valoración ortodoxa de las deficiencias en los niveles de defensa convencional de la OTAN sea, simplemente, incorrecta ⁷.

Que esta valoración sigue haciéndose hasta la fecha es algo de lo que no cabe duda. Que es discutible, forma parte también de la sabiduría esparcida por una larga serie de analistas independientes. El trabajo de Kaufmann constituye buena muestra de ello. En él se argumenta cómo la Alianza tiene una elevada probabilidad de alcanzar sus objetivos esenciales en la mar y cómo dista de verse afectada por una intensa debilidad frente al Pacto de Varsovia en términos de defensa convencional o de carecer de una defensa no nuclear creíble en la región de más peligro, que es la Europa central.

Ciertamente hay un riesgo. Sin embargo, una penetración soviética que pudiera llegar rápidamente al Rin o al Canal de la Mancha no es demasiado verosímil, aunque tal sea la intención estratégica del Kremlin. Las fuerzas de la Alianza podrían detener dicha penetración y no verse obligadas a recurrir de forma inmediata a los arsenales nucleares.

En definitiva, en el momento actual no le es posible a ningún bando anticipar con plena confianza cuál pudiera ser el resultado de una conflagración en Europa, incluso a nivel convencional, y ello sirve precisamente para disuadir un ataque, en ausencia de motivos poderosos extramili-

tares que así lo aconsejen. Las valoraciones anuales del International Institute for Strategic Studies londinense no emplean otro lenguaje. La más reciente continúa afirmando que el equilibrio convencional en Europa es tal que la posibilidad de una agresión militar sigue siendo una decisión altamente arriesgada para cada lado. Aún en el supuesto de victorias locales, no parece que ninguno de los dos bandos disponga de la suficiente potencia para garantizar la victoria. Las consecuencias para el agresor serían muy impredecibles y los riesgos, sobre todo de escalada nuclear, incalculables ⁸.

Es, pues, necesario dar todo el juego posible a la valoración política, en lo que debe surtir todos sus efectos una actuación menos orientada por el temor a la inminencia de un colapso militar.

En el ámbito nuclear la situación tampoco es excesivamente ambigua: a lo largo de los últimos años numerosos análisis han puesto de manifiesto que la instrumentación en Europa de la política de la Alianza adolece de innumerables defectos. Se ha afirmado hasta la saciedad, por ejemplo, que las armas nucleares de corto alcance (utilizables con fines tácticos en combate) son muy vulnerables a la destrucción preventiva que pueda ejecutar el Pacto de Varsovia, incluso por medios convencionales. También se ha indicado que la complejidad y lentitud de los procesos que deben seguirse, hasta que los jefes de las unidades militares de que dependen tales armas puedan hacer uso eventual de las mismas, conceden una superioridad al eventual agresor. La infraestructura que sirve de base a las operaciones nucleares de la Alianza está expuesta fácilmente a ataques preventivos y todo ello, ha dicho Steinbruner, viola uno de los principios esenciales de la planificación estratégica: «Unas fuerzas diseñadas para disuadir un conflicto, ya sea por la amenaza de represalias que produzcan un daño inaceptable

o por la promesa de una defensa eficaz, deben ser ampliamente invulnerables a ataques preventivos. De lo contrario, y en medio de una crisis, valen más para provocar un ataque que para evitarlo» ⁹.

Si esta interpretación es correcta, de ella se desprenden algunas medidas urgentes. La primera, y quizá más importante, es continuar el proceso de retirada de las armas nucleares tácticas desde sus emplazamientos actuales, muy avanzados y expuestos, a otros más atrasados en los que reciban por lo menos algún tipo de protección contra ataques convencionales. Además, la planificación de su eventual empleo debería separarse del planeamiento de las operaciones convencionales, lo que no será fácil. Todo ello suscitará numerosos elementos de discusión entre europeos y norteamericanos que no dejarán de gravitar, sin duda, sobre el debate político-militar de los próximos años. En cual-

**Desde que se dispone
de la fuerza destructiva del átomo
la guerra ha perdido totalmente
su función y papel
tradicionales.**

quier caso, queda margen para una reducción de arsenales, como es reconocido en las actuales negociaciones soviético-norteamericanas de Ginebra.

Este control de armamentos y la continuación de la política de distensión, tan poco floreciente en los últimos años, constituye en la actualidad el imperativo número uno para la configuración de un futuro europeo más seguro.

En opinión de Egon Bahr, «la europeización de la política de seguridad implica: reducir la importancia de lo militar y oponerse a las tendencias polarizantes. Quienes aprecien los intereses europeos de corazón deben continuar la política de distensión porque es esta distensión la que da a los países europeos un cierto grado de igualdad con las potencias nucleares» ¹⁰.

Se plantea, pues, si ambos procesos, el de la reducción de armamentos y el de la distensión, desembocarán o no en una situación de, por utilizar el término ya acuñado por Helmut Schmidt desde 1978

y Egon Bahr, «*security partnership*» entre el Este y el Oeste.

Para que la distensión pueda reanudarse en Europa no es condición indispensable

que también se relance a nivel global. Es verdad que, de producirse esto último, ello la facilitará en Europa. Pero una distensión específicamente centrada en el viejo continente puede contribuir a impulsar la general. Dada la peculiar situación europea, la distensión es particularmente necesaria entre nosotros, y de superar con éxito las pruebas del futuro sería difícil que ello no tuviese efectos dulcificadores sobre la tensión entre las superpotencias.

También será importante que los progresos que se realicen en el terreno de la limitación de armamentos se produzcan no sólo a nivel estratégico y en el ámbito nuclear sino, en particular, en el continente europeo.

En el próximo futuro la limitación de armamentos en Europa ha de recibir una mayor prioridad por razones fácilmente comprensibles: se han conseguido ya logros importantes en el terreno del acercamiento entre los países europeos, orientales y occidentales. Europa es el continente en donde las fuerzas de ambos bloques están en contacto directo. Por último, la evolución previsible en el campo tecnológico afectará de forma inmediata a los sistemas que puedan ser desplegados en el continente.

La *seguridad compartida* puede no ser un paso revolucionario, como el que desearían muchos miembros de los movimientos pacifistas, pero sus implicaciones son de gran alcance, considerando el actual estado de sobresaturación armamentística en Europa, de dudas sobre la garantía norteamericana, de peso excesivo de las superpotencias sobre los destinos de los países europeos y de las crecientes dificultades con que tropieza la política de seguridad ortodoxa.

Por primera vez en la historia la seguridad se ha convertido en la voluntad y capacidad de poder vivir con el adversario.

La noción de seguridad compartida no es una reliquia de la época pre-nuclear, como es el pensamiento que todavía domina la doctrina en que se basan los des-

pliegues de la Alianza. Traduce la constatación, obvia, de que en la era nuclear ya no es posible hablar en términos de victoria sobre el adversario, al menos en un sentido mínimamente significativo.

Desde que en las sociedades industriales modernas el hombre dispone, para eventuales usos bélicos, de la fuerza destructiva del átomo, la guerra ha perdido totalmente su función y papel tradicionales. El aforismo clásico *si vis pacem, para bellum* no refleja la realidad del presente.

La guerra no protege ya, en efecto, a la población, al territorio y a los bienes materiales e inmateriales frente a las amenazas de agresión externa, ya que un conflicto nuclear puede destruir todo aquello que importa salvaguardar.

En una palabra, en la época del *overkill* nuclear la violencia ha dejado de ser el medio adecuado para regular los conflictos que oponen a los Estados en el contexto del conflicto Este-Oeste.

Por primera vez en la historia de la humanidad la seguridad se ha convertido en la voluntad y capacidad de poder vivir con el adversario.

Ningún país puede, a largo plazo, alcanzar un nivel de seguridad razonable si sólo se basa en decisiones unilaterales sobre su propio despliegue militar. Y ello por la simple razón de que la seguridad depende también de las acciones y reacciones de los adversarios potenciales. La denominada Comisión Palme ya subrayó que los Estados no pueden buscar su seguridad a expensas de la de los otros. Sólo la obtendrán a través de arreglos cooperativos ¹¹.

La actual conferencia de Estocolmo puede suavizar muchos de los temores que gravitan sobre Europa gracias a una mayor transparencia, a la introducción de ciertos constreñimientos sobre las actividades militares en ambos lados de la divisoria, y a medidas declaratorias que ofrezcan confianza sobre la existencia de propósitos no agresivos.

A plazo más amplio se requieren otras ideas, otras doctrinas. La experiencia muestra que en el campo político-estratégico el cambio es lento. Nadie quiere exponerse a riesgos innecesarios. Pero cambio debería haber. Este es el reto y ésta es la aspiración común de un sinnúmero de propuestas, a veces poco realistas, a veces demasiado tímidas, que en el momento presente y en el próximo futuro definirán el debate más importante con que se enfrenta la vieja Europa.

Es satisfactorio comprobar cómo la vieja España, durante tanto tiempo cortada de la evolución de los problemas comunes europeos, participa en ese gran debate. El documento sobre paz y seguridad dado a conocer por el PSOE a finales de 1985 muestra cómo en nuestro país la fuerza política que sustenta al primer gobierno enteramente socialista de nuestra historia es sensible a la reflexión que se hace fuera de nuestras fronteras, participa en ella y está dispuesta a aportar su granito de arena a la misma.

Tras ello hay un serio esfuerzo de conceptualización de los problemas de seguridad en Europa, un análisis en profundi-

dad de las experiencias obtenidas con la participación española en la Alianza Atlántica y una voluntad declarada de, en la solidaridad con las restantes democracias europeas, contribuir en la medida de nuestras posibilidades a la construcción de una Europa cuya defensa sea más autónoma, más realista y más adaptada a las condiciones finales del siglo XX.

¹ Véase, para un análisis más detallado, Angel Viñas, «Convencionalización de la defensa militar en Europa: algunos problemas», *Estrategia* (Lisboa), n.º 1, enero-marzo de 1986.

² Véase, por ejemplo, la reciente colección de ensayos de Albrecht, Berg, Lodgaard, Lutz, Schlotter y Senghaas, *La seguridad europea a debate. Bloques, neutralismo, desvinculación*, Fontamara, Barcelona, 1985.

³ Strobe Talbott, *Deadly Gambits: The Reagan Administration and the Stalemate in Nuclear Arms Control*, Knopf, Nueva York, 1984.

⁴ El *best-seller* imbatido es, en este aspecto, Franz Alt, *Frieden ist möglich. Die Politik der Bergpredigt*, Piper, Munich, numerosas ediciones.

⁵ John Ericson, «The Soviet View of Deterrence: A General Survey», *Survival*, noviembre-diciembre de 1982.

⁶ K-Peter Stratmann, *Nato Doctrine and Operational Priorities: The Central Front and the Flanks*, ponencia presentada a la reunión anual del International Institute for Strategic Studies, Berlín, septiembre de 1985.

⁷ William W. Kaufmann, «Non-nuclear Deterrence», en John D. Steinbruner y Leon V. Sigal (eds.), *Alliance Security: NATO and the No-First-Use Question*, The Brookings Institution, Washington D.C., 1983.

⁸ *Military Balance, 1985-1986*, pág. 185.

⁹ «Alliance Security», en la obra de la nota 7.

¹⁰ Egon Bahr, «Gemeinsame Sicherheit - Voraussetzung für kollektive Sicherheit», *Vierteljahresschrift für Sicherheit und Frieden*, vol. 2, n.º 1, 1984.

¹¹ Véase sobre el tema en general SIPRI, *Policies for Common Security*, Taylor & Francis, Londres, 1985.